



LITURGIA, ORACIÓN, ESPACIO Y VIDA

lb⁵

dossiers **CPL**
editorial

El diccionario de la Real Academia de la Lengua da diversas definiciones del verbo “ambientar”: 1) Sugerir, mediante pormenores verosímiles, los rasgos históricos, locales o sociales del medio en que ocurre la acción de una obra literaria, de cine, radio o televisión. 2) Proporcionar a un lugar un ambiente adecuado, mediante decoración, luces, objetos, etc. 3) Adaptar o acostumar a una persona a un medio desconocido o guiarla u orientarla en él.

Nosotros nos quedaremos con la segunda acepción de la palabra ambientar. Podríamos definir que ambientar una iglesia, o mejor aún, el espacio celebrativo debe buscar que este sea un lugar adecuado para que las ceremonias que en él se desarrollen puedan realizarse con tal dignidad que comuniquen su fuerza a los que en ellas participan. Pero también en otro sentido, adecuar de tal forma el espacio celebrativo que ayude a que los fieles se predispongan a una participación plena y consciente. A ello ayudarán las flores, la iluminación, las velas, los tapices, la música, los carteles, etc. Y la misma disposición de los elementos necesarios para la celebración: altar, sede, ambón, lugar de la asamblea, etc.

1. ¿POR QUÉ AMBIENTAR LA IGLESIA?

El lugar donde se reúne la comunidad cristiana para la celebración de la Eucaristía y los demás sacramentos toma su nombre de la misma realidad de grupo. La palabra con la que se denomina al grupo de creyentes reunidos en torno a Jesús como cabeza (en griego, *ekklesia*) pasa a denominar también el lugar donde se reúnen, alejándose así de la palabra “templo” utilizada por el mundo pagano.

Hay, pues, una especie de simbiosis entre el lugar y la misma realidad de grupo lo que de alguna forma contribuye a que el lugar sea expresión de la misma comunidad que allí se reúne.

Y si el lugar de reunión es, de alguna manera, reflejo de esa comunidad reunida, no es de extrañar que siempre haya habido un deseo de ambientarlo de

tal forma que la comunidad expresa lo que es y siente, y la misma ambientación ayuda a la comunidad a expresarse y a interiorizar lo que celebra, vive y comparte.

Además el beneficiario último de la ambientación de los espacios litúrgicos es el mismo Pueblo de Dios que se reúne en ellos para celebrar el misterio de Cristo y la obra de salvación, pero es también cada fiel que busca un lugar favorable para su plegaria personal y su devoción.

Podríamos incluso hablar de que la ambientación y decoración puede ser una catequesis para muchos hombres y mujeres que visitan nuestras iglesias y nuestros templos.

Un camino de dos direcciones

La ambientación no solo habla de la comunidad, sino que también ayuda a la comunidad.

Expliquémonos mejor. No es lo mismo entrar en una iglesia donde todo está limpio, recogido, ordenado, que entrar en un templo donde vemos dejadez en las cosas, desorden en el ambiente. Y no es solo por cuestión económica. Hay cosas que no cuestan mucho dinero y sin embargo no se hacen. Tener recogido el Altar, sin dejar todo por medio no vale dinero ¿o sí? y sin embargo muchas veces vemos sobre el altar demasiadas cosas.

No es igual entrar en un templo a orar, a hacer una visita o llegar un poco antes a la celebración y encontrarme una iluminación adecuada, una música inspiradora, unos detalles que “hablan” del tiempo litúrgico o de la celebración que va a comenzar, que llegar a una iglesia oscura, donde las luces se encienden en el mismo momento de comenzar y donde el sonido de fondo son las voces que llegan desde la sacristía o los pasos que resuenan en el eco de la nave de los que van llegando después que nosotros.

Todo ayuda a que la celebración que se va a realizar penetre en lo más profundo de cada uno. No solo la brillante homilía del sacerdote, ni las esmeradas moniciones del grupo de liturgia. También la acogida y el ambiente hacen mucho.

La ambientación habla de la comunidad a los que no son de la comunidad. Lo mismo que la decoración de un hogar habla de la familia, o de las personas que lo habitan, la decoración de un templo, la ambientación, habla de

la comunidad y del sacerdote que la preside. Una de las tareas del equipo de liturgia de cada parroquia, tendría que ser precisamente plantearse esta pregunta: nuestra iglesia, nuestra casa... ¿qué dice de nosotros?

Un espacio al servicio de la asamblea

A la hora de plantearnos una ambientación del lugar de la celebración tendremos que tener en cuenta algunos principios básicos.

En primer lugar que el destinatario último es, como hemos señalado más arriba, el pueblo de Dios congregado. No podemos quitar la primacía que tienen las personas (y la reforma litúrgica ha insistido en ello) para dársela a las cosas. Así pues todos los objetos y medios del edificio eclesial, el altar, el ambón, y todos los lugares de la celebración deben estar al servicio de la asamblea, y no la asamblea al servicio de ellos. El espacio celebrativo se tiene que ir acomodando a la asamblea que en él celebra, aunque, indudablemente, hay situaciones en las que habrá que saber conjugar esta adaptación (templos notables, profusión de retablos y altares, coros en medio de las iglesias, presbiterios con ricas verjas difícilmente eliminables...).

No siempre es fácil equilibrar los criterios litúrgicos con los criterios restauracionistas de templos e iglesias. Aunque las comisiones diocesanas encargadas de ambas áreas deberán conjugar esfuerzos que ayuden a devolver a la asamblea un verdadero espacio donde desarrollar sus ceremonias.

En segundo lugar habrá que tener en cuenta la disposición y los criterios para los diferentes lugares litúrgicos, especialmente el ambón, la sede, el altar y el lugar de la asamblea.

En tercer lugar no podemos pasar por alto que las celebraciones litúrgicas son dinámicas, y el espacio debe favorecer estos movimientos, especialmente en las procesiones y en las celebraciones de los sacramentos.

Y no podemos pasar por alto que la ambientación tiene que adecuarse también al estilo arquitectónico del lugar. No podremos plantearnos una decoración igual para una iglesia románica o barroca, una iglesia moderna y funcional que un gran templo. La estética y sobre todo el buen gusto conjugado siempre con la noble belleza deben ayudarnos a discernir sobre esta decoración.